



Fiódor Dostoyevski

El Pequeño
Héroe



E LEJANDRIA

Fiódor Dostoyevski

El Pequeño
Héroe



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PEQUEÑO HÉROE

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

PUBLICADO: 1849

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: HEINEMANN, LONDON, 1918

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL PEQUEÑO HÉROE

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

En ese entonces tenía casi once años, me habían enviado en julio a pasar las vacaciones en un pueblo cerca de Moscú con un pariente mío llamado T., cuya casa estaba llena de invitados, cincuenta, o tal vez más... No recuerdo, no conté. La casa estaba llena de ruido y alegría. Parecía como si fuera una fiesta continua, que nunca terminaría. Parecía que nuestro anfitrión había hecho el voto de dilapidar toda su vasta fortuna lo más rápidamente posible, y de hecho, no hace mucho, logró justificar esta suposición, es decir, barrió con todo hasta el último palito.

Nuevos visitantes llegaban en cada momento. Moscú estaba cerca, a la vista, de modo que aquellos que se marchaban solo hacían espacio para otros, y la eterna fiesta seguía su curso. Las festividades se sucedían unas a otras, y no se veía el fin de los entretenimientos. Había paseos a caballo por los alrededores; excursiones al bosque o al río; picnics, cenas al aire libre; cenas en la gran terraza de la casa, bordeada con tres filas de flores magníficas que inundaban con su fragancia el aire fresco de la noche, e iluminadas por brillantes luces que hacían que nuestras damas, que casi todas eran bonitas en todo momento, parecieran aún más encantadoras, con sus rostros emocionados por las impresiones del día, con sus ojos chispeantes, con su intercambio de

conversaciones animadas, sus carcajadas sonoras; baile, música, canto; si el cielo estaba nublado se organizaban tableaux vivants, charadas, proverbios, se montaban representaciones teatrales privadas. Había buenos conversadores, cuentistas, ingeniosos.

Ciertas personas destacaban en primer plano. Por supuesto, la maledicencia y la difamación seguían su curso, ya que sin ellas el mundo no podría funcionar, y millones de personas perecerían de aburrimiento, como moscas. Pero como en ese momento tenía once años, estaba absorto por intereses muy diferentes, y o no observaba a estas personas, o si notaba algo, no lo veía todo. Fue solo después que algunas cosas volvieron a mi mente. Mis ojos infantiles solo podían ver el lado brillante del cuadro, y la animación general, el esplendor, y el bullicio, todo eso, visto y escuchado por primera vez, causó tal impresión en mí que durante los primeros días, estaba completamente desconcertado y mi pequeña cabeza daba vueltas.

Sigo hablando de mi edad, y por supuesto, era un niño, nada más que un niño. Muchas de estas encantadoras damas me mimaban sin siquiera pensar en considerar mi edad. Pero curiosamente, una sensación que yo mismo no entendía ya se había apoderado de mí; algo ya susurraba en mi corazón, de lo cual hasta entonces no había tenido conocimiento ni concepción, y por alguna razón comenzó de repente a arder y latir, y a menudo mi rostro se enrojecía con un rubor repentino. A veces me sentía como avergonzado, e incluso resentido por los diversos privilegios de mis años infantiles. Otras veces, una especie de asombro me abrumaba, y me iba a algún rincón donde pudiera sentarme sin ser visto, como para tomar aire y recordar algo, algo que me parecía haber recordado perfectamente hasta entonces, y que ahora había olvidado de repente, algo sin lo cual no podía mostrarme en ninguna parte, y no podía existir en absoluto.

Finalmente, me parecía como si estuviera escondiendo algo de todos. Pero nada me habría inducido a hablar de ello con alguien, porque, siendo el niño pequeño que era, estaba listo para llorar de vergüenza. Pronto, en medio del torbellino a mi alrededor, fui

consciente de una cierta soledad. Había otros niños, pero todos eran mucho mayores o menores que yo; además, no estaba de ánimo para ellos. Por supuesto, nada me habría sucedido si no hubiera estado en una posición excepcional. A los ojos de esas encantadoras damas, todavía era la pequeña criatura sin formar a la que les gustaba acariciar y con la que podían jugar como si fuera una pequeña muñeca. Una de ellas, en particular, una mujer fascinante y rubia, con un cabello muy espeso y lujurioso, como nunca había visto antes y probablemente nunca volveré a ver, parecía haber hecho el voto de nunca dejarme en paz. Yo estaba confundido, mientras ella se divertía con la risa que continuamente provocaba en todos nosotros por sus travesuras locas y alocadas conmigo, y esto aparentemente le daba un inmenso disfrute. En la escuela, entre sus compañeros de clase, probablemente la apodaban la Bromista. Era maravillosamente guapa, y había algo en su belleza que atraía la mirada desde el primer momento. Y ciertamente no tenía nada en común con las típicas modestas muchachitas rubias, blancas como la pelusa y suaves como ratones blancos, o hijas de pastores. No era muy alta y estaba un poco rellenita, pero tenía rasgos suaves, delicados y exquisitamente cortados. Había algo rápido como un rayo en su rostro, y de hecho era como fuego por todas partes, ligera, rápida, viva. Sus grandes ojos abiertos parecían lanzar chispas; brillaban como diamantes, y yo nunca cambiaría esos ojos azules chispeantes por ningún otro negro, por muy negro que fuera cualquier orbe andaluz. Y, de hecho, mi rubia era completamente equiparable a la famosa morena cuyas alabanzas fueron cantadas por un gran y conocido poeta, quien, en un magnífico poema, juró por toda Castilla que estaba listo para romperse los huesos solo por tocar el manto de su divinidad con la punta de su dedo. Añade a eso, que mi encantadora era la más alegre del mundo, la risueña más salvaje, juguetona como un niño, aunque había estado casada durante los últimos cinco años. Había una risa continua en sus labios, fresca como la rosa matutina que, con el primer rayo de sol, abre su fragante capullo carmesí con las gotas de rocío aún pesadas sobre él.

Recuerdo que el día después de mi llegada se estaban organizando teatros privados. El salón estaba, como se dice, abarrotado hasta los topes; no quedaba un asiento vacío, y como de alguna manera llegué tarde, tuve que disfrutar de la actuación de pie. Pero la obra divertida me atrajo a moverme cada vez más hacia adelante, e inconscientemente me abrí camino hasta la primera fila, donde finalmente me encontré apoyando mis codos en el respaldo de un sillón, en el que estaba sentada una dama. Era mi divinidad rubia, pero aún no nos habíamos conocido. Y miré, como sucedió, sus maravillosos y fascinantes hombros, regordetes y blancos como la leche, aunque no me importaba en lo más mínimo si miraba los exquisitos hombros de una mujer o el gorro con cintas llameantes que cubría las canas de una venerable señora en la primera fila. Cerca de mi divinidad rubia se sentaba una solterona no en su primera juventud, una de esas que, como tuve la oportunidad de observar más tarde, siempre buscan refugio en las intermediaciones de mujeres jóvenes y bonitas, seleccionando aquellas que no son aficionadas a dar de lado a los jóvenes. Pero eso no es lo importante, solo que esta señora, notando mi mirada fija, se inclinó hacia su vecina y con una sonrisa le susurró algo en el oído. La dama rubia se volvió de inmediato, y recuerdo que sus ojos ardientes me miraron de tal manera en la penumbra, que, sin estar preparado para encontrarme con ellos, me sobresalté como si me hubieran escaldado. La belleza sonrió.

"¿Te gusta lo que están actuando?" preguntó, mirándome a la cara con una expresión tímida y burlona.

"Sí," respondí, todavía mirándola con una especie de asombro que evidentemente le agradó.

"Pero, ¿por qué estás de pie? Te cansarás. ¿No puedes encontrar un asiento?"

"Eso es justamente lo que pasa, no puedo", respondí, más ocupado con mi agravio que con los ojos chispeantes de la belleza, y alegrándome de corazón por haber encontrado un corazón bondadoso a quien poder confiar mis problemas. "He buscado por

todas partes, pero todas las sillas están ocupadas", añadí, como quejándome a ella de que todas las sillas estuvieran ocupadas.

"Ven aquí", dijo ella con brío, rápida para actuar en cada decisión, y, de hecho, en cada idea loca que cruzaba por su alocado cerebro, "ven aquí y siéntate en mi rodilla".

"¿En su rodilla?", repetí, desconcertado. Ya he mencionado que había comenzado a resentir los privilegios de la infancia y a avergonzarme de ellos en serio. Esta dama, como en burla, había ido mucho más allá que las demás. Además, siempre había sido un chico tímido y vergonzoso, y últimamente había comenzado a ser particularmente tímido con las mujeres.

"Pues sí, en mi rodilla. ¿Por qué no quieres sentarte en mi rodilla?" insistió, comenzando a reír cada vez más, hasta que finalmente se limitó a reírse, Dios sabe de qué, quizás de su travesura, o quizás de mi confusión. Pero eso era justo lo que ella quería.

Me sonrojé, y en mi confusión miré a mi alrededor tratando de encontrar dónde escapar; pero al ver mi intención, logró agarrar mi mano para evitar que me fuera, y tirando de ella hacia ella, de repente, completamente inesperadamente, para mi intensa sorpresa, la apretó con sus traviosos y cálidos dedos, y comenzó a pellizcar mis dedos hasta que dolieron tanto que tuve que esforzarme al máximo para no gritar, y en mi esfuerzo por controlarme hice las muecas más absurdas. Además, estaba conmovido por el mayor asombro, perplejidad e incluso horror, al descubrir que había damas tan absurdas y maliciosas como para hablar tonterías a los niños, e incluso pellizcar sus dedos, sin ninguna razón terrenal y delante de todos. Probablemente mi infeliz rostro reflejaba mi desconcierto, pues la traviesa criatura se reía en mi cara, como si estuviera loca, y mientras tanto me pellizcaba los dedos con más y más vigor. Estaba muy contenta de jugar una travesura tan maliciosa y de desconcertar y avergonzar completamente a un pobre niño. Mi posición era desesperada. En primer lugar, me moría de vergüenza, porque casi todos los que estaban cerca se habían vuelto a mirarnos, algunos con asombro, otros riendo, comprendiendo de

inmediato que la belleza tramaba alguna travesura. Además, quería gritar desesperadamente, porque me retorció los dedos con verdadera furia solo porque no gritaba; mientras que yo, como un espartano, me decidí a soportar la agonía, temiendo al gritar causar un alboroto general, algo que no podía enfrentar. En total desesperación, finalmente comencé a forcejear con ella, tratando con todas mis fuerzas de soltar mi mano, pero mi seguidora era mucho más fuerte que yo. Al final no pude soportarlo más y solté un grito, iese era todo lo que ella estaba esperando! Al instante me soltó y se volvió como si nada hubiera pasado, como si no fuera ella quien había hecho la travesura sino otra persona, exactamente como algún escolar que, en cuanto el maestro se da la vuelta, hace alguna travesura a alguien cercano, pellizca a algún niño pequeño y débil, le da un golpecito, una patada o un codazo, y al instante vuelve a girarse, se sumerge en su libro y comienza a repetir su lección, y así hace el ridículo al enfurecido maestro que se lanza como un halcón al oír el ruido.

Por suerte para mí, la atención general se distrajo en ese momento por la actuación magistral de nuestro anfitrión, quien estaba interpretando el papel principal en la obra, alguna comedia de Scribe. Todos comenzaron a aplaudir; aprovechando el ruido, me escabullí y me apresuré hacia el extremo más alejado de la habitación, desde donde, oculto detrás de una columna, miraba con horror hacia el lugar donde estaba sentada la belleza traicionera. Ella todavía se reía, llevándose el pañuelo a los labios. Y durante mucho tiempo se estuvo girando continuamente, buscándome en todas direcciones, probablemente lamentando que nuestra absurda lucha hubiera terminado tan pronto, y tramando alguna otra travesura para hacerme.

Ese fue el comienzo de nuestra relación, y desde esa noche nunca me dejó en paz. Me persiguió sin consideración ni conciencia, se convirtió en mi tirana y atormentadora. Toda la absurdidad de sus bromas conmigo radicaba en el hecho de que fingía estar locamente enamorada de mí, y me molestaba delante de todos. Por supuesto, para una criatura salvaje como yo, todo esto era tan tedioso y

molesto que casi me reducía a lágrimas, y a veces me ponía en una situación tan difícil que estaba a punto de pelearme con mi traicionera admiradora. Mi confusión ingenua, mi desesperación, parecían incitarla a perseguirme más; no conocía la misericordia, mientras que yo no sabía cómo alejarme de ella. La risa que siempre nos acompañaba, y que ella sabía tan bien cómo excitar, la impulsaba a nuevas travesuras. Pero al final la gente comenzó a pensar que se excedía un poco en sus bromas. Y, de hecho, como recuerdo ahora, tomó libertades escandalosas con un niño como yo.

Pero ese era su carácter; era una niña mimada en todos los aspectos. Supe después que su esposo, un hombre muy bajito, muy gordo y de rostro muy rojo, muy rico y aparentemente muy ocupado con los negocios, la mimaba más que nadie. Siempre ocupado y volando de un lado para otro, no podía quedarse dos horas en un mismo lugar. Todos los días conducía hasta Moscú, a veces dos veces al día, y siempre, como él mismo declaraba, por negocios. Sería difícil encontrar un rostro más vivaz y bonachón que su semblante jocoso pero siempre bien educado. No solo amaba a su esposa hasta el punto de la debilidad, la blandura: simplemente la adoraba como a un ídolo.

No se restringía en nada. Tenía un montón de amigos, tanto hombres como mujeres. En primer lugar, casi todo el mundo la quería; y en segundo lugar, la criatura ligera de cabeza no era en sí misma muy particular en la elección de sus amigos, aunque había una base mucho más seria en su carácter de lo que se podría suponer por lo que acabo de decir sobre ella. Pero de todos sus amigos, a quien más quería era a una joven dama, una pariente lejana, que también formaba parte de nuestro grupo en ese momento. Existía entre ellas un afecto tierno y sutil, uno de esos vínculos que a veces surgen al encontrarse dos disposiciones a menudo muy opuestas entre sí, una de las cuales es más profunda, pura y austera, mientras que la otra, con humildad elevada y autocrítica generosa, cede amorosamente a la otra, consciente de la superioridad de la amiga y atesorando la amistad como una felicidad. Entonces comienza esa sutileza tierna y noble en las

relaciones de tales caracteres, amor e indulgencia infinita por un lado, por el otro amor y respeto, un respeto que se acerca al temor, a la ansiedad por la impresión causada en la amiga tan valorada, y un deseo ansioso y celoso de acercarse cada vez más al corazón de esa amiga en cada paso de la vida.

Estas dos amigas tenían la misma edad, pero había una inmensa diferencia entre ellas en todo, empezando por su apariencia. Madame M. también era muy hermosa, pero había algo especial en su belleza que la distinguía notablemente de la multitud de mujeres bonitas; había algo en su rostro que de inmediato atraía el afecto de todos hacia ella, o más bien, que despertaba un sentimiento generoso y elevado de bondad en todos los que la conocían. Hay rostros tan felices. Al lado de ella, todos se volvían como más buenos, libres y cordiales; y sin embargo, sus grandes ojos melancólicos, llenos de fuego y vigor, tenían una mirada tímida y ansiosa, como si cada minuto temieran algo antagónico y amenazador, y esta extraña timidez a veces arrojaba una sombra tan melancólica sobre sus suaves y gentiles rasgos que recordaban los serenos rostros de las Madonnas italianas, que al mirarla uno pronto se volvía triste, como por algún problema propio. El pálido y delgado rostro, en el que, a través de la belleza irreprochable de las líneas puras y regulares y la severidad melancólica de algún dolor mudo y oculto, a menudo revoloteaban miradas claras de la infancia temprana, hablando de años confiados y quizás de una felicidad sencilla y sincera en el pasado reciente, la gentil pero tímida y vacilante sonrisa, despertaban una simpatía tan incomprensible que cada corazón se conmovía inconscientemente con una ansiedad dulce y cálida que intercedía poderosamente en su favor incluso a distancia, y hacía que incluso los extraños se sintieran cercanos a ella. Pero la encantadora criatura parecía silenciosa y reservada, aunque nadie podría haber sido más atento y amoroso si alguien necesitaba simpatía. Hay mujeres que son como hermanas de la misericordia en la vida. Nada puede ocultárseles, nada, al menos, que sea una herida o dolor del corazón. Cualquiera que esté sufriendo puede ir a ellas con valentía y esperanza sin temor a ser

una carga, pues pocos hombres conocen la infinita paciencia del amor, la compasión y el perdón que se puede encontrar en algunos corazones femeninos. Tesoros perfectos de simpatía, consuelo y esperanza están guardados en estos corazones puros, tan a menudo llenos de sufrimiento propio, pues un corazón que ama mucho sufre mucho, aunque sus heridas se ocultan cuidadosamente de la mirada curiosa, pues la tristeza profunda es más a menudo muda y oculta. No se asustan por la profundidad de la herida, ni por su suciedad y su hedor; cualquiera que venga a ellas merece ayuda; son, por así decirlo, nacidas para el heroísmo... Mme. M. era alta, flexible y elegante, pero algo delgada. Todos sus movimientos parecían de alguna manera irregulares, a veces lentos, suaves e incluso dignos, a veces apresurados y hasta infantiles; y sin embargo, al mismo tiempo, había una especie de timidez humilde en sus gestos, algo tembloroso y desprotegido, aunque ni deseaba ni pedía protección.

Ya he mencionado que las burlas ultrajantes de la dama rubia traicionera me abochornaban, me desconcertaban y me herían profundamente. Pero había otra razón secreta, extraña y absurda para eso, que ocultaba, ante la cual temblaba como ante un esqueleto. Al solo pensamiento de ello, meditando, completamente solo y abrumado, en algún oscuro y misterioso rincón al que el inquisitivo y burlón ojo de la pícara de ojos azules no podía penetrar, casi jadeaba de confusión, vergüenza y miedo; en resumen, estaba enamorado; eso tal vez es una tontería, eso difícilmente podría haber sido. Pero, ¿por qué de todos los rostros que me rodeaban, solo su rostro capturaba mi atención? ¿Por qué era ella la única a quien me importaba seguir con la mirada, aunque ciertamente no tenía inclinación en esos días de observar a las damas y buscar su conocimiento? Esto sucedía con más frecuencia en las noches en que el mal tiempo nos mantenía a todos adentro, y cuando, solo, escondido en algún rincón del gran salón, miraba a mi alrededor sin rumbo, incapaz de encontrar algo que hacer, pues excepto mis damas burlonas, pocas personas me dirigían la palabra, y me aburría insoportablemente en esas tardes. Entonces observaba a la gente a mi alrededor, escuchaba la conversación, de la cual a menudo no

entendía ni una palabra, y en ese momento los ojos suaves, la sonrisa gentil y el rostro encantador de Mme. M. (pues ella era el objeto de mi pasión) por alguna razón capturaban mi atención fascinada; y la extraña, vaga, pero inefablemente dulce impresión permanecía conmigo. A menudo durante horas no podía apartarme de ella; estudiaba cada gesto, cada movimiento que hacía, escuchaba cada vibración de su rica y plateada, pero algo amortiguada voz; pero lo extraño es que, como resultado de todas mis observaciones, sentía, mezclado con una impresión dulce y tímida, un sentimiento de intensa curiosidad. Parecía como si estuviera al borde de algún misterio.

Nada me angustiaba tanto como ser objeto de burlas en presencia de Mme. M. Esta burla y persecución humorística, como yo pensaba, me humillaba. Y cuando había una explosión general de risas a mi costa, en la que Mme. M. a veces no podía evitar unirse, en la desesperación, fuera de mí de miseria, solía arrancarme de mi atormentadora y huir escaleras arriba, donde permanecía en soledad el resto del día, sin atreverme a mostrar mi rostro en el salón. Sin embargo, todavía no entendía mi vergüenza ni mi agitación; todo el proceso ocurría en mí inconscientemente. Apenas había intercambiado dos palabras con Mme. M., y de hecho no me habría atrevido. Pero una noche, después de un día insoportable, regresé de una excursión con el resto de la compañía. Estaba terriblemente cansado y me dirigí a casa a través del jardín. En un banco en una avenida apartada vi a Mme. M. Estaba sentada completamente sola, como si hubiera elegido ese lugar solitario a propósito, con la cabeza inclinada y retorciendo su pañuelo mecánicamente. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no me oyó hasta que llegué a su lado.

Al notarme, se levantó rápidamente del banco, se dio la vuelta y vi que rápidamente se secaba los ojos con su pañuelo. Estaba llorando. Secándose los ojos, me sonrió y caminó de vuelta conmigo a la casa. No recuerdo de qué hablamos; pero ella me enviaba frecuentemente con un pretexto u otro, a recoger una flor, o a ver quién montaba en la siguiente avenida. Y cuando me alejaba de ella, enseguida se

llevaba el pañuelo a los ojos de nuevo y se secaba las lágrimas rebeldes, que insistían en surgir una y otra vez de su corazón y caer de sus pobres ojos. Me di cuenta de que le estorbaba mucho cuando me enviaba tan a menudo, y de hecho, ella misma vio que me daba cuenta de todo, pero aún así no podía controlarse, y eso me hacía sufrir más y más por ella. Me enfurecía conmigo mismo en ese momento y estaba casi desesperado; me maldecía por mi torpeza y falta de recursos, y al mismo tiempo no sabía cómo dejarla con tacto, sin traicionar que había notado su angustia, pero caminaba a su lado en un desconcierto melancólico, casi alarmado, totalmente perdido y sin poder encontrar una sola palabra para mantener nuestra escasa conversación.

Esta reunión me impresionó tanto que durante toda la tarde observé sigilosamente a Mme. M. con curiosidad ansiosa y nunca le quité los ojos de encima. Pero sucedió que ella me sorprendió dos veces observándola, y en la segunda ocasión, al notarme, me regaló una sonrisa. Fue la única vez que sonrió esa tarde. La expresión de tristeza no había abandonado su rostro, que ahora estaba muy pálido. Pasó toda la tarde hablando con una anciana malhumorada y pendenciera, a quien nadie quería debido a sus hábitos de chismosa y difamadora, pero de quien todos tenían miedo, y por lo tanto, todos se sentían obligados a ser corteses con ella...

A las diez llegó el esposo de Mme. M. Hasta ese momento la observé muy atentamente, sin quitarle los ojos de su rostro melancólico; ahora, ante la entrada inesperada de su esposo, la vi sobresaltarse y su rostro pálido se volvió repentinamente tan blanco como un pañuelo. Fue tan notorio que otras personas lo observaron. Escuché una conversación fragmentada de la cual deduje que Mme. M. no era del todo feliz; decían que su esposo era tan celoso como un árabe, no por amor, sino por vanidad. Él era ante todo un europeo, un hombre moderno, que degustaba las ideas más novedosas y se enorgullecía de ellas. En apariencia, era un hombre alto, de cabello oscuro, particularmente corpulento, con patillas europeas, rostro satisfecho y rojo, dientes blancos como el azúcar y un porte irreprochablemente caballeroso. Se le consideraba un

hombre inteligente. Tal es el nombre dado en ciertos círculos a una peculiar especie de humanidad que engorda a expensas de los demás, que no hace absolutamente nada y no tiene deseo de hacer nada, y cuyo corazón se ha convertido en un trozo de grasa por la perpetua pereza y ociosidad. Constantemente escuchas de tales hombres que no hay nada que puedan hacer debido a ciertas circunstancias muy complicadas y hostiles, que "frustran su genio", y que es "triste ver el desperdicio de sus talentos". Esta es una frase fina de ellos, su mot d'ordre, su consigna, una frase que estos amigos bien alimentados y gordos sacan a relucir en cada minuto, de modo que hace tiempo que nos ha aburrido como un Tartufismo descarado, una forma vacía de palabras. Sin embargo, algunos de estos divertidos personajes, que no logran encontrar nada que hacer, aunque, de hecho, nunca lo buscan, tratan de hacer creer a todos que no tienen un trozo de grasa por corazón, sino por el contrario, algo muy profundo, aunque qué precisamente el mayor cirujano apenas se atrevería a decidir, por cortesía, por supuesto. Estos caballeros se abren paso en el mundo gracias a que todos sus instintos están orientados hacia la burla grosera, la censura corta de miras y el inmenso autoengaño. Como no tienen nada más que hacer que señalar y enfatizar los errores y debilidades de los demás, y como tienen precisamente tanto buen sentimiento como una ostra, no les resulta difícil con tales poderes de autopreservación llevarse bastante bien con la gente. Se enorgullecen extremadamente de eso. Son, por ejemplo, casi persuadidos de que casi todo el mundo les debe algo; que es suyo, como una ostra que guardan en reserva; que todos son tontos excepto ellos mismos; que todos son como una naranja o una esponja, que exprimirán tan pronto como quieran el jugo; que son los amos en todas partes, y que todo este estado de cosas aceptable se debe únicamente al hecho de que son personas de tanto intelecto y carácter. En su desmedido autoengaño no admiten defectos en sí mismos, son como esa especie de bribones prácticos, Tartufos y Falstaffs innatos, que son tan completos bribones que al final han llegado a creer que así debe ser, es decir, que deben pasar sus vidas en la bribonada; se han asegurado tan a menudo a todos que son hombres honestos, que han llegado a creer

que son hombres honestos, y que su bribonada es honestidad. Nunca son capaces de un juicio interior ante su conciencia, de una autocrítica generosa; para algunas cosas son demasiado gordos. Su propia personalidad inestimable, su Baal y Moloch, su magnífico ego siempre está en su primer plano en todas partes. Toda la naturaleza, el mundo entero para ellos no es más que un espléndido espejo creado para que el pequeño dios se admire continuamente en él y no vea a nadie ni nada detrás de sí mismo; así que no es extraño que vea todo en el mundo en una luz tan horrenda. Tiene una frase lista para todo y, lo más ingenioso de su parte, la frase más de moda. Son precisamente estas personas, de hecho, quienes ayudan a hacer la moda, proclamando en cada cruce de caminos una idea en la que huelen el éxito. Un buen olfato es justo lo que tienen para olfatear una frase de moda y hacerla suya antes de que otros la capten, de modo que parezca haberse originado con ellos. Tienen un arsenal particular de frases para proclamar su profunda simpatía por la humanidad, para definir cuál es la forma más correcta y racional de filantropía, y atacar continuamente el romanticismo, en otras palabras, todo lo fino y verdadero, cada átomo de lo cual es más precioso que toda su tribu de moluscos. Pero son demasiado toscos para reconocer la verdad en una forma indirecta, tortuosa e inacabada, y rechazan todo lo que está inmaduro, todavía fermentando e inestable. El hombre bien alimentado ha pasado toda su vida en jolgorios, con todo provisto, no ha hecho nada por sí mismo y no sabe cuán duro es todo tipo de trabajo, así que ay de ti si hieres sus sentimientos gordos con cualquier tipo de rudeza; nunca te lo perdonará, siempre lo recordará y se alegrará de vengarlo. En resumen, que mi héroe no es más ni menos que una gigantesca bolsa increíblemente hinchada, llena de sentencias, frases de moda y etiquetas de todo tipo y clase.

M. M., sin embargo, tenía una especialidad y era un hombre muy notable; era ingenioso, buen conversador y cuentista, y siempre había un círculo a su alrededor en cada salón. Esa noche tuvo un éxito particular en causar impresión. Se apoderó de la conversación; estaba en su mejor forma, alegre, complacido con algo, y obligó la

atención de todos; pero Mme. M. parecía todo el tiempo como si estuviera enferma; su rostro estaba tan triste que cada minuto imaginaba que las lágrimas comenzarían a temblar en sus largas pestañas. Todo esto, como he dicho, me impresionó mucho y me hizo reflexionar. Me fui con un sentimiento de extraña curiosidad, y soñé toda la noche con M. M., aunque hasta entonces raramente había tenido sueños.

Al día siguiente, temprano en la mañana, me convocaron a un ensayo de unos tableaux vivants en los que tenía que participar. Los tableaux vivants, las representaciones teatrales y después un baile estaban todos programados para la misma tarde, cinco días después, en el cumpleaños de la hija menor de nuestro anfitrión. Para este entretenimiento, que se improvisó casi en su totalidad, se invitó a otros cien invitados de Moscú y de villas cercanas, por lo que hubo mucho alboroto, ajetreo y conmoción. El ensayo, o más bien la revisión de los trajes, se fijó tan temprano en la mañana porque nuestro director, un conocido artista y amigo del anfitrión, que había accedido por afecto a él para organizar los tableaux y entrenarnos para ellos, tenía prisa por ir a Moscú a comprar accesorios y hacer los preparativos finales para la fiesta, ya que no había tiempo que perder. Participé en un tableau con Mme. M. Era una escena de la vida medieval y se llamaba "La dama del castillo y su paje".

Me sentí inefablemente confundido al encontrarme con Mme. M. en el ensayo. No dejaba de pensar que ella leería de inmediato en mis ojos todas las reflexiones, las dudas, las conjeturas, que habían surgido en mi mente desde el día anterior. También me imaginaba que, de alguna manera, era culpable con respecto a ella por haberme encontrado con sus lágrimas el día anterior e impedido que llorara, por lo que difícilmente podría evitar mirarme de reojo, como un testigo desagradable y no perdonado de su secreto. Pero, gracias a Dios, todo transcurrió sin mayores problemas; simplemente no me notaron. Creo que ella no tenía pensamientos para mí ni para el ensayo; estaba distraída, triste y pensativa; era evidente que estaba preocupada por alguna gran ansiedad. Tan pronto como terminó mi parte, corrí a cambiarme de ropa, y diez minutos después salí a la

terraza al jardín. Casi al mismo tiempo, Mme. M. salió por otra puerta y, poco después, hacia nosotros se acercó su autocomplacido esposo, que regresaba del jardín, después de haber acompañado allí a un grupo de damas y haberlas entregado a un caballero servente competente. El encuentro del marido y la esposa fue evidentemente inesperado. Mme. M., no sé por qué, se confundió repentinamente, y un leve rastro de irritación se traicionó en su movimiento impaciente. El marido, que había estado silbando despreocupadamente una melodía y acariciando sus patillas con aire de profundidad, ahora, al encontrarse con su esposa, frunció el ceño y la escrutó, como recuerdo ahora, con una mirada inquisitiva marcada.

"¿Vas al jardín?" preguntó, notando el parasol y el libro en su mano.

"No, al bosquecillo," dijo ella, con un ligero rubor.

"¿Sola?"

"Con él," dijo Mme. M., señalándome. "Siempre salgo a caminar sola por las mañanas," añadió, hablando con una voz incierta y vacilante, como hacen las personas cuando dicen su primera mentira.

"Hm... y yo acabo de llevar a todo el grupo allí. Todos se han reunido en el cenador de flores para despedir a N. Se va, ya sabes... Algo ha salido mal en Odessa. Tu prima" (se refería a la bella rubia) "está riendo y llorando al mismo tiempo; no hay quien la entienda. Dice, sin embargo, que estás enojada con N. por algo y por eso no quisiste ir a despedirlo. Tonterías, por supuesto?"

"Está riendo," dijo Mme. M., bajando los escalones de la terraza.

"Así que este es tu caballero servente diario," añadió M. M., con una sonrisa torcida, dirigiendo su lorgnette hacia mí.

"¡Paje!" grité, enojado por el lorgnette y la burla; y riendo directamente en su cara, salté de un salto los tres escalones de la terraza.

"Que disfrutes del paseo," murmuró M. M., y siguió su camino.

Por supuesto, inmediatamente me uní a Mme. M. tan pronto como ella me indicó a su esposo, y actué como si ella me hubiera invitado a hacerlo una hora antes, y como si la hubiera estado acompañando en sus paseos todas las mañanas durante el último mes. Pero no podía entender por qué estaba tan confundida, tan avergonzada, y qué estaba en su mente cuando recurrió a su pequeña mentira. ¿Por qué no había dicho simplemente que iba sola? No sabía cómo mirarla, pero abrumado de asombro empecé poco a poco a observar muy ingenuamente su rostro; pero al igual que una hora antes en el ensayo, ella no notó ni mis miradas ni mi pregunta muda. La misma ansiedad, solo más intensa y más clara, era evidente en su rostro, en su agitación, en su caminar. Tenía prisa, y caminaba cada vez más rápido y miraba inquieta por cada avenida, por cada sendero en el bosque que llevaba en dirección al jardín. Y yo también estaba esperando algo. De repente se oyó el sonido de cascos de caballos detrás de nosotros. Era todo el grupo de damas y caballeros a caballo escoltando a N., el caballero que nos abandonaba tan repentinamente.

Entre las damas estaba mi atormentadora rubia, de quien M. M. nos había dicho que estaba llorando. Pero, característicamente, estaba riendo como una niña y galopaba animadamente en un espléndido caballo bayo. Al alcanzarnos, N. se quitó el sombrero, pero no se detuvo ni dijo una palabra a Mme. M. Pronto toda la cabalgata desapareció de nuestra vista. Miré a Mme. M. y casi grité de asombro; estaba parada tan blanca como un pañuelo y gruesas lágrimas brotaban de sus ojos. Por casualidad nuestras miradas se encontraron: Mme. M. de repente se sonrojó y se apartó por un instante, y una expresión clara de inquietud y molestia cruzó su rostro. Estaba estorbando, incluso peor que la última vez, eso era más claro que el día, pero ¿cómo iba a alejarme?

Y, como si adivinara mi dificultad, Mme. M. abrió el libro que tenía en su mano, y sonrojándose y evidentemente tratando de no mirarme, dijo como si solo de repente se hubiera dado cuenta—

"¡Ah! Es la segunda parte. Me he equivocado; por favor, tráeme la primera."

No podía sino entender. Mi papel había terminado y no podía haber sido despedido de manera más directa.

Me fui corriendo con su libro y no volví. La primera parte yacía intacta sobre la mesa esa mañana. . . .

Pero yo no era yo mismo; en mi corazón había una especie de terror que me perseguía. Hice todo lo posible por no encontrarme con la señora M. Pero miraba con una curiosidad salvaje a la satisfecha persona del señor M., como si ahora debiera haber algo especial en él. No entiendo el significado de mi absurda curiosidad. Solo recuerdo que estaba extrañamente perplejo por todo lo que había tenido la casualidad de ver esa mañana. Pero el día apenas estaba comenzando y fue fructífero en eventos para mí.

La cena fue muy temprano ese día. Se había organizado una excursión a un caserío vecino para ver un festival del pueblo que tenía lugar allí, y por eso era necesario estar a tiempo para prepararse. Había estado soñando los últimos tres días con esta excursión, anticipando todo tipo de delicias. Casi toda la compañía se reunió en la veranda para el café. Seguí cautelosamente a los demás y me escondí detrás de la tercera fila de sillas. La curiosidad me atraía, y sin embargo, estaba muy ansioso por no ser visto por la señora M. Pero como la suerte lo quiso, no estaba lejos de mi bella torturadora. Algo milagroso e increíble le estaba sucediendo ese día; se veía el doble de hermosa. No sé cómo ni por qué sucede esto, pero tales milagros no son raros en las mujeres. Con nosotros en este momento había un nuevo invitado, un joven alto, de cara pálida, el admirador oficial de nuestra bella dama, que acababa de llegar de Moscú como si fuera a propósito para reemplazar a N., de quien se decía que estaba desesperadamente enamorado de la misma dama. En cuanto al recién llegado, hacía tiempo que mantenía con ella la misma relación que Benedick con Beatriz, en la obra Mucho ruido y pocas nueces de Shakespeare. En resumen, la bella dama estaba en su mejor forma ese día. Su charla y sus

bromas estaban llenas de gracia, tan confiadamente ingenuas, descuidadamente inocentes, estaba convencida del entusiasmo general con tal elegante autoconfianza que realmente era todo el tiempo el centro de una adoración peculiar. Una multitud de oyentes sorprendidos y admirados estaba continuamente a su alrededor, y nunca había sido tan fascinante. Cada palabra que pronunciaba era maravillosa y seductora, era captada y pasaba de mano en mano en el círculo, y ni una palabra, una broma, una salida se perdía. Me imagino que nadie esperaba de ella tal gusto, tal brillantez, tal ingenio. Sus mejores cualidades estaban, por lo general, enterradas bajo la más descabellada locura, las travesuras más de colegial, casi rozando la bufonada; rara vez se notaban y, cuando se hacían, apenas se creían, de modo que ahora su extraordinaria brillantez venía acompañada de un susurro ansioso de asombro entre todos. Sin embargo, había una circunstancia peculiar y bastante delicada, a juzgar al menos por el papel que desempeñaba el esposo de la señora M., que contribuía a su éxito. La locuela se atrevió —y debo añadir para la satisfacción de casi todos o, al menos, para la satisfacción de todos los jóvenes— a lanzar un feroz ataque contra él, debido a muchas causas, probablemente de gran importancia en sus ojos. Mantuvo con él un fuego cruzado regular de agudezas, de burlas y sarcasmos, de ese tipo más ilusorio y traicionero que, suavemente envuelto en la superficie, acertaba el blanco sin darle a la víctima algo de qué agarrarse, y lo agotaba en esfuerzos inútiles para repeler el ataque, reduciéndolo a la furia y la desesperación cómica.

!

No sé con certeza, pero me imagino que todo el procedimiento no fue improvisado sino premeditado. Este duelo desesperado había comenzado antes, durante la cena. Lo llamo desesperado porque el señor M. no se dio por vencido fácilmente. Tuvo que convocar toda su presencia de ánimo, todo su agudo ingenio y su rara inventiva para no quedar completamente cubierto de ignominia. El conflicto estuvo acompañado por la risa continua e irreprimible de todos los que lo presenciaron y participaron en él. Ese día fue para él muy

diferente al día anterior. Era notable que la señora M. varias veces hizo todo lo posible por detener a su indiscreta amiga, que ciertamente intentaba retratar al esposo celoso en la guisa más grotesca y absurda, en la guisa de "un barbazul" se debe suponer, juzgando por todas las probabilidades, por lo que ha permanecido en mi memoria y finalmente por el papel que yo mismo estaba destinado a jugar en el asunto.

Fui arrastrado a él de una manera más absurda, totalmente inesperada. Y como la mala suerte quiso que en ese momento estuviera parado donde podía ser visto, sin sospechar ningún mal y de hecho olvidando las precauciones que había practicado durante tanto tiempo. De repente, fui llevado al primer plano como un enemigo jurado y rival natural del señor M., como desesperadamente enamorado de su esposa, de lo cual mi perseguidora juró y prometió que tenía pruebas, diciendo que solo esa mañana la había visto en el bosquecillo. . . .

Pero antes de que tuviera tiempo de terminar, irrumpí en el minuto más desesperado. Ese minuto estaba tan diabólicamente calculado, estaba tan traicioneramente preparado para conducir a su final, su ridículo desenlace, y fue presentado con un humor tan mortífero que una perfecta explosión de risa irreprimible saludó esta última salida. Y aunque incluso en ese momento adiviné que el mío no era el papel más desagradable en la actuación, sin embargo, estaba tan confundido, tan irritado y alarmado que, lleno de miseria y desesperación, jadeando de vergüenza y lágrimas, me abrí paso a través de dos filas de sillas, di un paso adelante y, dirigiéndome a mi tormento, grité, con una voz quebrada por las lágrimas y la indignación:

"¿No te da vergüenza... en voz alta... delante de todas las damas... decir tal maldita... mentira?... Como un niño pequeño... delante de todos estos hombres... ¿Qué dirán?... Una chica grande como tú... y casada!..."

Pero no pude continuar, hubo un estruendo ensordecedor de aplausos. Mi arretrato creó un furor perfecto. Mi gesto ingenuo, mis

lágrimas, y especialmente el hecho de que parecía estar defendiendo al señor M., todo esto provocó tal risa diabólica, que incluso ahora no puedo evitar reírme solo de recordarlo. Fui vencido por la confusión, aturdido de horror y, ardiendo de vergüenza, ocultando mi rostro entre mis manos, corrí, derribé una bandeja de las manos de un lacayo que entraba por la puerta, y volé escaleras arriba hacia mi habitación. Saqué la llave, que estaba por fuera de la puerta, y me encerré. Hice bien, porque hubo un gran alboroto detrás de mí. Antes de que pasara un minuto, mi puerta estaba asediada por una multitud de las damas más bonitas. Oí sus risas sonoras, su charla incesante, sus voces trinantes; todas ellas cuchicheaban a la vez, como golondrinas. Todas ellas, cada una de ellas, rogaban y suplicaban que abriera la puerta, aunque solo fuera por un momento; juraban que no me harían daño, solo que querían ahogarme en besos. Pero... ¿qué podría ser más horrible que esta nueva amenaza? Simplemente ardía de vergüenza al otro lado de la puerta, ocultando mi rostro en las almohadas y no abrí, ni siquiera respondí. Las damas mantuvieron sus golpes durante mucho tiempo, pero yo estaba sordo y obstinado como solo un niño de once años podría ser.

Pero, ¿qué podía hacer ahora? Todo había sido expuesto, todo lo que había guardado celosamente y ocultado... ¡Una deshonra y vergüenza eternas habían caído sobre mí! Pero es cierto que yo mismo no podría haber dicho por qué tenía miedo y qué quería ocultar; sin embargo, tenía miedo de algo y había temblado como una hoja ante la idea de que ese algo fuera descubierto. Solo hasta ese minuto no había sabido qué era: ¿si era bueno o malo, espléndido o vergonzoso, loable o reprobable? Ahora, en mi angustia, en la miseria que se me había impuesto, aprendí que era absurdo y vergonzoso. Instintivamente sentí al mismo tiempo que este veredicto era falso, inhumano y grosero; pero estaba aplastado, aniquilado; la conciencia parecía detenida en mí y lanzada a la confusión; no podía resistirme a ese veredicto, ni criticarlo adecuadamente. Estaba aturdido; solo sentía que mi corazón había sido herido de manera inhumana y desvergonzada, y rebosaba de

lágrimas impotentes. Estaba irritado; pero hervía de indignación y odio como nunca antes había sentido, pues era la primera vez en mi vida que conocía la verdadera pena, el insulto y la injuria—y verdaderamente era eso, sin ninguna exageración. El primer sentimiento no probado, no formado había sido tan groseramente manejado en mí, un niño. La primera modestia virginal fragante había sido tan pronto expuesta e insultada, y la primera impresión quizás muy real y estética había sido tan ultrajada. Por supuesto, había mucho que mis perseguidores no sabían y no adivinaban en mis sufrimientos. Una circunstancia, que había logrado analizar hasta entonces, de la que había estado como temeroso, en parte entraba en ello. Seguí acostado en mi cama en desesperación y miseria, ocultando mi rostro en mi almohada, y alternaba entre la fiebre y el escalofrío. Me atormentaban dos preguntas: primero, ¿qué había visto la desdichada bella dama, y de hecho, qué podría haber visto esa mañana en el bosquecillo entre la señora M. y yo? Y segundo, ¿cómo podría ahora mirar a la señora M. a la cara sin morir en el acto de vergüenza y desesperación?

Un ruido extraordinario en el patio finalmente me despertó del estado de semi-consciencia en el que había caído. Me levanté y fui a la ventana. Todo el patio estaba lleno de carruajes, caballos ensillados y sirvientes atareados. Parecía que todos se estaban marchando; algunos de los caballeros ya habían montado sus caballos, otros estaban tomando sus lugares en los carruajes. . . . Entonces recordé la expedición a la fiesta del pueblo, y poco a poco me invadió una inquietud; empecé a buscar ansiosamente mi pony en el patio; pero no había ningún pony allí, así que debieron haberme olvidado. No pude contenerme y corrí escaleras abajo precipitadamente, sin pensar más en encuentros desagradables o mi reciente ignominia. . . .

Una terrible noticia me esperaba. No había ni un caballo ni un asiento disponible para mí en ninguno de los carruajes; todo había sido arreglado, todos los asientos estaban ocupados, y me vi obligado a ceder mi lugar a otros. Abrumado por este nuevo golpe, me quedé parado en los escalones y miré melancólicamente las

largas filas de coches, carruajes y calesas, en los cuales no quedaba el más mínimo rincón para mí, y a las damas elegantemente vestidas, cuyos caballos se encabritaban inquietos.

Uno de los caballeros llegaba tarde. Solo estaban esperando su llegada para partir. Su caballo estaba parado en la puerta, mascando el bocado, golpeando el suelo con sus cascos, y a cada momento se sobresaltaba y se encabritaba. Dos mozos de cuadra lo sostenían cuidadosamente por la brida, y todos los demás permanecían aprensivamente a una distancia respetuosa de él.

Había ocurrido una circunstancia más que vexatoria, que me impedía ir. Además del hecho de que habían llegado nuevos visitantes, ocupando todos los asientos, dos de los caballos se habían enfermado, uno de ellos siendo mi pony. Pero no fui la única persona afectada: resultó que no había caballo para nuestro nuevo visitante, el joven de cara pálida del que ya he hablado. Para superar esta dificultad, nuestro anfitrión se había visto obligado a recurrir al extremo de ofrecer su fogoso semental no domado, añadiendo, para satisfacer su conciencia, que era imposible montarlo, y que desde hace tiempo tenían la intención de vender la bestia por su carácter vicioso, si solo pudiera encontrarse un comprador.

Pero, a pesar de su advertencia, el visitante declaró que era un buen jinete y que, de cualquier manera, estaba dispuesto a montar cualquier cosa con tal de no quedarse. Nuestro anfitrión no dijo más, pero ahora me pareció que una sonrisa astuta y ambigua vagaba por sus labios. Esperó al caballero que había hablado tan bien de su propia habilidad como jinete y se quedó de pie, sin montar su caballo, frotándose las manos impacientemente y echando constantemente un vistazo hacia la puerta; un sentimiento similar parecía ser compartido por los dos mozos de cuadra, que sostenían al semental, casi sin aliento de orgullo al verse ante toda la compañía a cargo de un caballo que en cualquier momento podría matar a un hombre sin razón alguna. Algo parecido a la sonrisa astuta de su amo también brillaba en sus ojos, redondos por la expectativa, y fijos en la puerta por la que debía aparecer el audaz

visitante. El propio caballo también se comportaba como si estuviera confabulado con nuestro anfitrión y los mozos de cuadra. Se portaba orgulloso y altivo, como si sintiera que era observado por varias docenas de ojos curiosos y se regodeara en su mala reputación exactamente como algún pícaro incorregible podría gloriarse de sus hazañas criminales. Parecía estar desafiando al hombre audaz que se atrevería a coartar su independencia.

Ese hombre audaz finalmente hizo su aparición. Afligido por haber hecho esperar a todos, se puso rápidamente los guantes, avanzó sin mirar a nada, bajó corriendo los escalones y solo levantó la vista cuando extendió la mano para agarrar la crin del caballo que lo esperaba. Pero de inmediato se desconcertó por el brusco encabritamiento del caballo y un grito de advertencia de los espectadores asustados. El joven dio un paso atrás y miró con perplejidad al caballo malvado, que temblaba entero, resoplando de ira y revolviendo furiosamente sus ojos inyectados de sangre, continuamente erguiéndose sobre sus patas traseras y lanzando hacia adelante sus patas delanteras como si pretendiera lanzarse al aire y llevarse consigo a los dos mozos de cuadra. Durante un minuto el joven permaneció completamente desconcertado; luego, sonrojándose ligeramente de vergüenza, levantó la vista y miró a las damas asustadas.

"¡Un caballo muy fino!" dijo, como hablando consigo mismo, "y en mi opinión, debería ser un gran placer montarlo; pero... pero saben, creo que no iré," concluyó, volviéndose hacia nuestro anfitrión con la amplia y bondadosa sonrisa que tan bien le quedaba a su rostro amable e inteligente.

"Sin embargo, considero que usted es un excelente jinete, se lo aseguro", respondió el dueño del caballo inalcanzable, encantado, y apretó la mano del joven cálida y hasta agradecidamente. "Justamente porque desde el primer momento vio con qué tipo de bruto tenía que lidiar", añadió con dignidad. "¿Me creerían si les digo que, aunque he servido veintitrés años en los húsares, aún he tenido el placer de ser tirado al suelo tres veces, gracias a esa bestia, es

decir, tantas veces como monté al inútil animal? Tancred, muchacho, ¡no hay nadie aquí adecuado para ti! Tu jinete, parece, debe ser algún Ilya Muromets, y debe estar sentado tranquilo ahora en el pueblo de Kapatcharovo, esperando a que se te caigan los dientes. Vamos, llévenselo, ya ha asustado suficiente a la gente. Fue una pérdida de tiempo sacarlo", gritó, frotándose las manos complacido.

Debe observarse que Tancred no era de ninguna utilidad para su amo y simplemente comía maíz por nada; además, el viejo húsar había perdido su reputación por el conocimiento de los caballos al pagar una suma fabulosa por la bestia inútil, que había comprado solo por su belleza... sin embargo, estaba encantado ahora de que Tancred hubiera mantenido su reputación, deshecho de otro jinete, y así había atraído sobre sí mismo nuevas laureles sin sentido.

"¿Así que no vas?" gritó la belleza rubia, que estaba particularmente ansiosa de que su caballero de compañía estuviera presente en esta ocasión. "¿De verdad te has asustado?"

"Palabra que sí", respondió el joven.

"¿Hablas en serio?"

"¿Quieres que me rompa el cuello?"

"Entonces apresúrate y monta mi caballo; no tengas miedo, es muy tranquilo. No los retrasaremos, pueden cambiar las sillas en un minuto. Intentaré tomar la tuya. Seguramente Tancred no puede ser siempre tan indomable."

No bien lo dijo que la locuela saltó del sillín y estaba de pie ante nosotros al terminar la última frase.

"No conoces a Tancred, si piensas que permitirá que le pongan tu miserable silla de montar de mujer. Además, no te dejaría romperte el cuello, ¡sería una pena!" dijo nuestro anfitrión, en ese momento de satisfacción interna afectando, como era su costumbre, una aspereza estudiada e incluso grosería en el habla que pensaba que era propio de un buen compañero y un viejo soldado, y que imaginaba ser particularmente atractivo para las damas. Esta era

una de sus fantasías favoritas, su capricho preferido, con el que todos estábamos familiarizados.

"Bueno, llorón, ¿te gustaría intentarlo? Tanto querías ir", dijo la valiente amazona, notándome y señalando burlonamente a Tancred, porque había sido tan imprudente como para captar su mirada, y ella no me dejaría ir sin una palabra mordaz, para que no hubiera desmontado de su caballo absolutamente por nada.

"Supongo que no eres tan cobarde. Todos sabemos que eres un héroe y te daría vergüenza tener miedo; especialmente cuando serás observado, tú, fino paje", añadió, con una mirada fugaz a la señora M., cuyo carruaje estaba más cerca de la entrada.

Un torrente de odio y venganza había inundado mi corazón, cuando la hermosa amazona se había acercado a nosotros con la intención de montar a Tancred. . . . Pero no puedo describir lo que sentí ante este desafío inesperado de la locuela. Todo estaba oscuro ante mis ojos cuando vi su mirada hacia la señora M. Por un instante, una idea cruzó por mi mente . . . pero fue solo un momento, menos que un momento, como un destello de pólvora; quizás fue la gota que colmó el vaso, y de repente ahora me movía la ira mientras mi espíritu se elevaba, de modo que anhelaba poner a todos mis enemigos en total confusión, y vengarme de todos ellos y ante todos, mostrando el tipo de persona que era. O si por algún milagro, algún impulso de la historia medieval, de la cual no había sabido nada hasta entonces, enviaba girando a través de mi aturdido cerebro, imágenes de torneos, paladines, héroes, damas hermosas, el choque de espadas, gritos y aplausos de la multitud, y en medio de esos gritos el tímido llanto de un corazón asustado, que mueve el orgulloso alma más dulcemente que la victoria y la fama—No sé si todo este absurdo romántico estaba en mi cabeza en ese momento, o si, más probablemente, solo el primer amanecer del inevitable absurdo que me esperaba en el futuro, de todos modos, sentí que mi hora había llegado. Mi corazón saltó y tembló, y no recuerdo cómo, de un salto, bajé los escalones y estuve al lado de Tancred.

"¿Crees que tengo miedo?" grité, audaz y orgullosamente, en tal fiebre que apenas podía ver, sin aliento por la emoción, y sonrojándome hasta que las lágrimas me escaldaron las mejillas. "¡Bien, verás!" Y agarrando la melena de Tancred, puse mi pie en el estribo antes de que tuvieran tiempo de hacer un movimiento para detenerme; pero en ese instante Tancred se encabritó, sacudió la cabeza, y con un poderoso salto hacia adelante se arrancó de las manos de los petrificados mozos de cuadra, y salió disparado como un huracán, mientras todos gritaban horrorizados.

Dios sabe cómo pasé mi otra pierna sobre el caballo mientras este estaba en pleno galope; tampoco puedo imaginar cómo no perdí el control de las riendas. Tancred me llevó más allá de la puerta del enrejado, giró bruscamente a la derecha y voló a lo largo del cerco sin importarle el camino. Solo en ese momento escuché detrás de mí un grito de cincuenta voces, y ese grito se hizo eco en mi corazón desmayado con tal sensación de orgullo y placer que nunca olvidaré ese loco momento de mi niñez. Toda la sangre se me subió a la cabeza, confundiéndome y superando mis miedos. Estaba fuera de mí. Ciertamente había, como lo recuerdo ahora, algo de caballero andante sobre la hazaña.

Sin embargo, mis hazañas caballerescas terminaron en un instante o habría ido mal para el caballero. Y, de hecho, no sé cómo escapé como lo hice. Sabía montar, me habían enseñado. Pero mi pony era más como una oveja que como un caballo de montar. Sin duda habría sido desmontado de Tancred si él hubiera tenido tiempo de lanzarme, pero después de galopar cincuenta pasos de repente se asustó por una enorme piedra que yacía en el camino y se volvió de espaldas. Giró bruscamente, galopando a toda velocidad, de modo que es un misterio para mí incluso ahora que no fui lanzado girando fuera de la silla y volando como una bola por veinte pies, que no me hice pedazos, y que Tancred no se dislocó la pierna por tal giro súbito. Se apresuró de vuelta a la puerta, sacudiendo la cabeza furiosamente, saltando de lado a lado como si estuviera borracho de rabia, lanzando sus patas al azar en el aire, y en cada salto tratando

de sacudirme de su espalda como si un tigre hubiera saltado sobre él y estuviera clavando sus dientes y garras en su lomo.

En otro instante habría volado; estaba cayendo; pero varios caballeros volaron a mi rescate. Dos de ellos interceptaron el camino hacia el campo abierto, otros dos galoparon, cerrándose sobre Tancred de tal manera que los lados de sus caballos casi aplastaron mis piernas, y ambos lo agarraron por la brida. Unos segundos más tarde estábamos de vuelta en los escalones.

Me bajaron del caballo, pálido y apenas respirando. Estaba temblando como una hoja de hierba al viento; lo mismo le pasaba a Tancred, que estaba parado, sus cascos como si estuvieran clavados en la tierra y todo su cuerpo echado hacia atrás, exhalando su aliento ardiente por las fosas nasales rojas y chorreantes, retorciéndose y temblando por completo, pareciendo abrumado por el orgullo herido y la ira de que un niño se hubiera atrevido tanto con impunidad. A mi alrededor oí gritos de desconcierto, sorpresa y alarma.

En ese momento, mis ojos errantes captaron los de la señora M., quien lucía pálida y agitada, y—nunca podré olvidar ese momento—en un instante mi rostro se inundó de color, brilló y ardía como fuego; no sé qué me pasó, pero confundido y asustado por mis propios sentimientos, tímidamente bajé la vista al suelo. Pero mi mirada fue notada, fue captada, me la robaron. Todos los ojos se volvieron hacia la señora M., y encontrándose inesperadamente en el centro de atención, ella también se sonrojó como un niño por algún sentimiento ingenuo e involuntario e hizo un esfuerzo infructuoso por cubrir su confusión riéndose. . . .

Todo esto, por supuesto, parecía muy absurdo desde fuera, pero en ese momento una circunstancia extremadamente ingenua e inesperada me salvó de ser el hazmerreír de todos, y le dio un color especial a toda la aventura. La encantadora perseguidora que fue la instigadora de toda la escapada, y que hasta entonces había sido mi enemiga irreconciliable, de repente se precipitó para abrazarme y besarme. Apenas había podido creer sus ojos cuando me vio

atreverme a aceptar su desafío, y recoger el guante que me había lanzado con la mirada hacia la señora M. Casi se muere de terror y auto-reproche cuando me lancé en Tancred; ahora, cuando todo había terminado, y especialmente cuando captó la mirada a la señora M., mi confusión y mi repentino rubor, cuando el rasgo romántico en su frívola cabecita le había dado un nuevo significado secreto, no pronunciado al momento—fue movida a tal entusiasmo por mi "caballerosidad," que, conmovida, alegre y orgullosa de mí, se precipitó y me apretó contra su pecho. Levantó la carita más ingenua y seria, en la que temblaban y brillaban dos pequeñas lágrimas cristalinas, y mirando a la multitud que se agolpaba a su alrededor dijo con una voz grave y seria, como nunca antes la habían oído usar, señalándome: "Mais c'est très sérieux, messieurs, ne riez pas!" No se dio cuenta de que todos estaban parados, como fascinados, admirando su brillante entusiasmo. Su acción rápida e inesperada, su carita seria, la ingenuidad de corazón, el sentimiento inesperado traicionado por las lágrimas que brotaban en sus ojos siempre risueños, fueron tal sorpresa que todos se quedaron ante ella como electrificados por su expresión, sus palabras y gestos rápidos y ardientes. Parecía como si nadie pudiera apartar los ojos de ella por miedo a perderse ese raro momento en su rostro entusiasta. Incluso nuestro anfitrión se sonrojó como un tulipán, y la gente declaró que lo oyeron confesar después que "para su vergüenza" había estado enamorado durante un minuto entero de su encantadora invitada. Bueno, por supuesto, después de esto yo era un caballero, un héroe.

"¡De Lorge! ¡Toggenburg!" se escuchó en la multitud.

Hubo un sonido de aplausos.

"¡Hurra por la generación ascendente!" añadió el anfitrión.

"Pero él viene con nosotros, ciertamente debe venir con nosotros", dijo la belleza; "encontraremos un lugar para él, debemos encontrarle un lugar. Se sentará a mi lado, en mi regazo... pero no, no! Eso es un error!..." se corrigió a sí misma, riendo, incapaz de contener su alegría en nuestro primer encuentro. Pero mientras se

reía, acariciaba mi mano tiernamente, haciendo todo lo posible por apaciguarme, para que no me ofendiera.

"Por supuesto, por supuesto", varios voces se sumaron; "debe ir, se ha ganado su lugar."

El asunto se resolvió en un momento. La misma anciana dama que había propiciado mi conocimiento con la belleza rubia fue de inmediato asediada con ruegos por todos los jóvenes para que se quedara en casa y me dejara su asiento. Se vio obligada a consentir, para su intensa irritación, con una sonrisa y un siseo furtivo de enojo. Su protectora, quien era su refugio habitual, mi antigua enemiga y nueva amiga, le gritó mientras se alejaba al galope en su enérgico caballo, riendo como una niña, que le envidiaba y que estaría encantada de quedarse en casa ella misma, ya que justo iba a llover y todos nos íbamos a mojar.

Y acertó al predecir la lluvia. Una lluvia torrencial comenzó dentro de una hora y la expedición se arruinó. Tuvimos que refugiarnos durante algunas horas en las cabañas del pueblo, y tuvimos que regresar a casa entre las nueve y las diez de la noche en la húmeda neblina que siguió a la lluvia. Empecé a sentirme un poco febril. En el momento en que estaba partiendo, la señora M. se me acercó y expresó su sorpresa de que mi cuello estuviera descubierto y que no tuviera nada puesto sobre mi chaqueta. Respondí que no había tenido tiempo de conseguir mi abrigo. Sacó un alfiler y sujetó el cuello de mi camisa que estaba doblado hacia abajo, se quitó de su propio cuello un pañuelo de gasa carmesí y me lo puso alrededor del cuello para que no me resfriara. Lo hizo tan apresuradamente que no tuve tiempo ni de agradecerle.

Pero cuando llegamos a casa la encontré en el pequeño salón con la belleza rubia y el joven de cara pálida que ese día había ganado gloria por su habilidad como jinete al negarse a montar a Tancred. Me acerqué para agradecerle y devolver el pañuelo. Pero ahora, después de todas mis aventuras, de alguna manera me sentía avergonzado. Quería apresurarme y subir arriba, allí a mi ocio reflexionar y considerar. Estaba rebosante de impresiones. Al

devolver el pañuelo, me sonrojé hasta las orejas, como de costumbre.

"Apuesto a que le gustaría quedarse con el pañuelo", dijo el joven riendo. "Se puede ver que le da pena separarse de tu bufanda."

"¡Eso es, eso es!" intervino la dama. "¡Qué chico! ¡Oh!" dijo, sacudiendo la cabeza con una irritación obvia, pero se detuvo a tiempo ante una mirada grave de la señora M., que no quería llevar la broma demasiado lejos.

Me apresuré a irme.

"Bueno, tú sí que eres un chico", dijo la locuela, alcanzándome en la siguiente habitación y tomándome cariñosamente de ambas manos, "vamos, deberías simplemente no haber devuelto el pañuelo si tanto querías quedártelo. Deberías haber dicho que lo dejaste en algún lugar, y eso habría sido el final. ¡Qué simplón! ¡Ni siquiera pudo hacer eso! ¡Qué chico tan gracioso!"

Y me dio un golpecito en la barbilla con su dedo, riéndose de que me había puesto rojo como una amapola.

"Ahora soy tu amiga, ¿sabes? ¿No es así? Nuestra enemistad ha terminado, ¿verdad? ¿Sí o no?"

Reí y apreté sus dedos sin decir una palabra.

"Oh, ¿por qué estás así... por qué estás tan pálido y temblando? ¿Te has resfriado?"

"Sí, no me siento bien."

"Ah, pobre chico. Eso es el resultado de la sobreexcitación. ¿Sabes qué? Será mejor que te vayas a la cama sin quedarte despierto para la cena, y estarás bien por la mañana. Vamos."

Me llevó escaleras arriba, y no hubo fin para el cuidado que me brindó. Dejándome desvestir, bajó corriendo, consiguió té y lo subió ella misma cuando ya estaba en la cama. También me trajo una manta cálida. Me impresionó y conmovió mucho todo el cuidado y la atención que me prodigaron; o quizás estaba afectado por todo el

día, la expedición y la fiebre. Al despedirme de ella la abracé cálidamente, como si fuera mi amiga más querida y cercana, y en mi estado agotado todas las emociones del día volvieron a mí de golpe; casi derramé lágrimas al acurrucarme en su pecho. Ella notó mi estado alterado, y creo que mi locuela misma se sintió un poco conmovida.

"Eres un chico muy bueno", dijo, mirándome con ojos suaves, "por favor no te enojas conmigo. ¿No lo harás?"

De hecho, nos convertimos en los amigos más cálidos y verdaderos.

Era bastante temprano cuando me desperté, pero el sol ya inundaba toda la habitación con una luz brillante. Salté de la cama sintiéndome perfectamente bien y fuerte, como si no hubiera tenido fiebre el día anterior; de hecho, ahora me sentía inexplicablemente alegre. Recordé el día anterior y sentí que habría dado cualquier felicidad si en ese minuto pudiera haber abrazado de nuevo a mi nueva amiga, la belleza rubia, como la noche anterior; pero era muy temprano y todos aún dormían. Vistiéndome rápidamente salí al jardín y de ahí al bosquecillo. Me dirigí hacia donde las hojas eran más espesas, donde el aroma de los árboles era más resinoso, y donde el sol se colaba más alegremente, regocijándose de poder penetrar la oscura densidad del follaje. Era una mañana encantadora.

Avanzando cada vez más, sin darme cuenta, había llegado al extremo más lejano del bosquecillo y salí al río Moskva. Fluyó en la base de la colina, doscientos pasos más abajo. En la orilla opuesta del río estaban segando. Observé filas enteras de afiladas guadañas brillar todas juntas a la luz del sol en cada balanceo del segador y luego desvanecerse de nuevo como pequeñas serpientes de fuego escondiéndose; vi la hierba cortada volando a un lado en densas y ricas hileras y siendo colocada en largas líneas rectas. No sé cuánto tiempo pasé contemplando. Al final, fui sacado de mi ensimismamiento al escuchar a un caballo resoplando e impacientemente rasgando el suelo a veinte pasos de mí, en la

senda que iba desde la carretera principal hasta la casa señorial. No sé si escuché este caballo tan pronto como el jinete llegó y se detuvo allí, o si el sonido había estado largo tiempo en mis oídos sin sacarme de mi ensueño. Movido por la curiosidad, entré en el bosquecillo, y antes de que hubiera avanzado muchos pasos, capté el sonido de voces hablando rápidamente, aunque en tonos apagados. Me acerqué más, apartando cuidadosamente las ramas de los arbustos que bordeaban el camino, y de inmediato retrocedí asombrado. Capté un vistazo de un familiar vestido blanco y una suave voz femenina resonó como música en mi corazón. Era la señora M. Estaba de pie junto a un hombre a caballo que, inclinándose desde la silla, le hablaba apresuradamente, y para mi asombro lo reconocí como N., el joven que se había ido la mañana anterior y por cuya partida la señora M. había estado tan ocupada. Pero se había dicho en ese momento que se iba lejos a algún lugar del sur de Rusia, así que me sorprendió mucho verlo con nosotros tan temprano, y solo con la señora M.

Ella estaba conmovida y agitada como nunca la había visto antes, y las lágrimas brillaban en sus mejillas. El joven estaba sosteniendo su mano e inclinándose para besarla. Los sorprendí en el momento de la despedida. Parecían tener prisa. Finalmente, sacó de su bolsillo un sobre sellado, se lo entregó a la señora M., rodeó con un brazo su cintura, aún sin desmontar, y le dio un largo y ferviente beso. Un minuto después, azotó a su caballo y pasó volando por mi lado como una flecha. La señora M. lo miró durante algunos momentos, luego pensativa y desconsoladamente se volvió hacia casa. Pero después de avanzar unos pasos por la senda, pareció de repente recordarse, apartó rápidamente los arbustos y continuó caminando a través del bosquecillo.

La seguí, sorprendido y perplejo por todo lo que había visto. Mi corazón latía violentamente, como si fuera por terror. Estaba, por así decirlo, entumecido y confundido; mis ideas estaban destrozadas y patas arriba; pero recuerdo que, por alguna razón, estaba muy triste. De vez en cuando, a través del follaje verde, alcanzaba a ver su vestido blanco delante de mí: la seguía mecánicamente, sin

perderla de vista, aunque temblaba ante la idea de que ella pudiera notarme. Al final, salió al pequeño camino que llevaba a la casa. Después de esperar medio minuto, yo también salí de los arbustos; pero ¿cuál fue mi asombro cuando vi tirado en la arena roja del camino un paquete sellado, que reconocí, de un primer vistazo, como el que le habían dado a la señora M. diez minutos antes?

Lo recogí. Por ambos lados el papel estaba en blanco, no tenía dirección. El sobre no era grande, pero estaba grueso y pesado, como si tuviera tres o más hojas de papel dentro.

¿Qué significaba este sobre? Sin duda explicaría todo el misterio. Quizás en él se decía todo lo que N. apenas había esperado expresar en su breve y apresurada entrevista. Ni siquiera se había bajado del caballo... Si había tenido prisa o si había temido serle infiel a sí mismo en la hora de la despedida, solo Dios lo sabe...

Me detuve, sin salir al camino, lancé el sobre en el lugar más visible de este y mantuve mis ojos sobre él, suponiendo que la señora M. notaría la pérdida y volvería a buscarlo. Pero después de esperar cuatro minutos ya no pude más, recogí de nuevo mi hallazgo, lo puse en mi bolsillo y me fui a alcanzar a la señora M. Me encontré con ella en la gran avenida del jardín. Caminaba directamente hacia la casa con un paso rápido y apresurado, aunque estaba absorta en sus pensamientos y sus ojos estaban en el suelo. No sabía qué hacer. ¿Acercarme a ella, dárselo? Eso sería tanto como decir que lo sabía todo, que lo había visto todo. Me traicionaría con la primera palabra. ¿Y cómo debería mirarla? ¿Cómo me miraría ella? Esperaba que descubriría su pérdida y volvería sobre sus pasos. Entonces, sin ser notado, podría haber lanzado el sobre en el camino y ella lo habría encontrado. ¡Pero no! Nos acercábamos a la casa; ya la habían visto...

Para colmo de males, todos se habían levantado muy temprano ese día, porque, después de la expedición fallida de la noche anterior, habían planeado algo nuevo, del cual yo no había oído nada. Todos se preparaban para partir y estaban desayunando en la veranda. Esperé diez minutos, para no ser visto con la señora M., y

rodeando el jardín me acerqué a la casa desde el otro lado mucho tiempo después de ella. Ella caminaba de arriba abajo por la veranda con los brazos cruzados, luciendo pálida y agitada, y estaba obviamente haciendo todo lo posible por suprimir la agonizante y desesperada miseria que se podía discernir claramente en sus ojos, su caminar, cada uno de sus movimientos. A veces bajaba los escalones de la veranda y caminaba unos pasos entre los parterres en dirección al jardín; sus ojos buscaban impacientemente, ávidamente, incluso imprudentemente, algo en la arena del camino y en el suelo de la veranda. No cabía duda de que había descubierto su pérdida y se imaginaba que había dejado caer la carta por aquí cerca, cerca de la casa—sí, eso tenía que ser, estaba convencida de ello.

Alguien notó que estaba pálida y agitada, y otros hicieron el mismo comentario. Fue asediada con preguntas sobre su salud y condolencias. Tuvo que reír, bromear, parecer animada. De vez en cuando miraba a su esposo, que estaba al final de la terraza hablando con dos damas, y la pobre mujer se vio superada por el mismo temblor, la misma incomodidad, como en el día de su primera llegada. Metiendo la mano en mi bolsillo y sosteniendo la carta firmemente en ella, me paré a cierta distancia de todos ellos, rezando para que la señora M. me notara. Ansiaba animarla, aliviar su ansiedad aunque fuera con una mirada; decirle una palabra en secreto. Pero cuando ella casualmente me miraba, bajaba la vista.

Vi su angustia y no me equivoqué. Hasta el día de hoy no conozco su secreto. No sé nada más que lo que vi y lo que acabo de describir. La intriga no era tal, quizás, como uno podría suponer a primera vista. Quizás ese beso fue el de despedida, quizás fue la última pequeña recompensa por el sacrificio hecho a su paz y honor. N. se iba, la dejaba, quizás para siempre. Incluso esa carta que sostenía en mi mano, ¿quién puede decir qué contenía? ¿Cómo se puede juzgar? ¿y quién puede condenar? Y sin embargo, no hay duda de que el descubrimiento súbito de su secreto habría sido terrible, habría sido un golpe fatal para ella. Todavía recuerdo su rostro en ese minuto, no podría haber mostrado más sufrimiento.

Sentir, saber, estar convencido, esperar, como si fuera la propia ejecución, que en un cuarto de hora, en un minuto quizás, todo podría ser descubierto, la carta podría ser encontrada por alguien, recogida; no tenía dirección, podría ser abierta, y entonces... ¿Qué? ¿Qué tortura podría ser peor que la que le esperaba? Se movía entre aquellos que serían sus jueces. En otro minuto, sus rostros sonrientes y halagadores serían amenazantes e implacables. Leería burla, malicia y desprecio helado en esos rostros, y entonces su vida se sumergiría en una oscuridad eterna, sin amanecer a seguir... Sí, en ese entonces no lo entendí como lo entiendo ahora. Solo podía tener sospechas vagas y presentimientos, y un dolor de corazón ante la idea de su peligro, que no podía entender completamente. Pero sea lo que fuere lo que estaba oculto en su secreto, mucho fue expiado, si se necesitaba expiación, por esos momentos de angustia de los que fui testigo y que nunca olvidaré.

Pero entonces llegó una alegre convocatoria para partir; inmediatamente todos se movían alegremente; la risa y la charla animada se oían por todos lados. En dos minutos, la veranda estaba desierta. La señora M. declinó unirse al grupo, reconociendo al fin que no se sentía bien. Pero, gracias a Dios, todos los demás se fueron, todos tenían prisa, y no hubo tiempo para preocuparla con compasión, consultas y consejos. Algunos se quedaron en casa. Su esposo le dijo algunas palabras; ella respondió que se sentiría bien enseguida, que él no debía preocuparse, que no había necesidad de que se acostara, que iría al jardín, sola... conmigo... aquí ella me miró. ¡Nada podría ser más afortunado! Me sonrojé de placer, de deleite; un minuto después estábamos en camino.

Ella caminó por las mismas avenidas y senderos por los que había regresado desde el bosquecillo, recordando instintivamente el camino que había tomado, mirando fijamente al suelo delante de ella, buscando intensamente sin responderme, posiblemente olvidando que yo caminaba a su lado.

Pero cuando ya habíamos llegado al lugar donde había recogido la carta, y el camino terminaba, la señora M. se detuvo de repente y,

con una voz débil y llena de miseria, dijo que se sentía peor, y que se iría a casa. Pero cuando llegó a la valla del jardín se detuvo de nuevo y pensó un minuto; una sonrisa de desesperación apareció en sus labios, y completamente agotada y exhausta, resignada y preparándose para lo peor, giró sin decir una palabra y retomó sus pasos, incluso olvidando decirme su intención.

Mi corazón estaba desgarrado por la simpatía, y no sabía qué hacer.

La llevé, o más bien la guié, al lugar desde donde una hora antes había oído el trote de un caballo y su conversación. Aquí, cerca de un olmo sombreado, había un asiento tallado de una enorme piedra, alrededor del cual crecían hiedra, jazmín silvestre y rosa canina; todo el bosque estaba salpicado de pequeños puentes, glorietas, grutas y similares sorpresas. La señora M. se sentó en el banco y echó una mirada inconsciente a la maravillosa vista que se abría ante nosotros. Un minuto después abrió su libro y fijó sus ojos en él sin leer, sin pasar las páginas, casi inconsciente de lo que estaba haciendo. Eran alrededor de las nueve y media. El sol ya estaba alto y flotaba gloriosamente en el profundo cielo azul oscuro, como si se disolviera en su propia luz. Los segadores estaban ya lejos; apenas eran visibles desde nuestro lado del río; interminables crestas de hierba segada los seguían en sucesión ininterrumpida, y de vez en cuando la brisa ligeramente agitada nos traía su fragancia. El concierto sin cesar de aquellos que "ni siembran ni siegan" y son libres como el aire que cortan con sus alas juguetonas estaba todo a nuestro alrededor. Parecía como si en ese momento cada flor, cada brizna de hierba exhalara el aroma del sacrificio, diciendo a su Creador, "Padre, soy bendecido y feliz."

Miré a la pobre mujer, que sola era como una muerta en medio de toda esta vida alegre; dos grandes lágrimas colgaban inmóviles en sus pestañas, arrancadas de su corazón por el amargo dolor. Estaba en mi poder aliviar y consolar este pobre corazón desfalleciente, solo que no sabía cómo abordar el tema, cómo dar el primer paso.

Estaba en agonía. Cien veces estuve a punto de acercarme a ella, pero cada vez mi rostro se encendía como fuego.

De repente, una idea brillante me iluminó. Había encontrado la manera de hacerlo; reviví.

"¿Le gustaría que le recoja un ramillete?" dije, con una voz tan alegre que la señora M. inmediatamente levantó la cabeza y me miró intensamente.

"Sí, hazlo", dijo al fin con una voz débil, con una sonrisa tenue, volviendo a bajar los ojos al libro de nuevo.

"O pronto estarán segando la hierba aquí y no habrá flores", grité, poniéndome a trabajar con entusiasmo.

Pronto recogí mi ramillete, uno pobre y sencillo, me habría avergonzado llevarlo adentro; pero qué ligero se sentía mi corazón mientras recogía las flores y las ataba! La rosa canina y el jazmín silvestre los recogí más cerca del asiento, sabía que no muy lejos había un campo de centeno, aún no maduro. Corrí allí por acianos; los mezclé con altas espigas de centeno, escogiendo las más finas y doradas. Cerca de allí encontré un perfecto nido de nomeolvides, y mi ramillete estaba casi completo. Más lejos en el prado había campanillas azul oscuro y claveles silvestres, y corrí hasta el mismísimo borde del río para conseguir nenúfares amarillos. Al final, de regreso, y entrando por un instante al bosque para conseguir algunas hojas verdes brillantes en forma de abanico del arce para rodear el ramillete, me topé con toda una familia de pensamientos, cerca de los cuales, afortunadamente para mí, el fragante aroma de las violetas traicionó a la pequeña flor escondida en la espesa hierba lujuriosa y aún brillante con gotas de rocío. El ramillete estaba completo. Lo até alrededor con fina hierba larga que se retorció en una cuerda, y cuidadosamente coloqué la carta en el centro, ocultándola con las flores, pero de tal manera que se pudiera notar muy fácilmente si se prestaba la menor atención a mi ramillete.

Lo llevé a la señora M.

En el camino, me pareció que la carta estaba demasiado a la vista: la oculté un poco más. A medida que me acercaba, la empujé aún más entre las flores; y finalmente, cuando estaba en el lugar, de repente la metí tan profundamente en el centro del ramillete que no se podía notar en absoluto desde el exterior. Mis mejillas estaban literalmente ardiendo. Quería ocultar mi rostro entre mis manos y salir corriendo de inmediato, pero ella miró mis flores como si hubiera olvidado completamente que las había recogido. Mecánicamente, casi sin mirar, extendió la mano y tomó mi regalo; pero de inmediato lo dejó en el asiento como si yo se lo hubiera entregado para ese propósito y volvió a bajar los ojos a su libro, pareciendo perdida en sus pensamientos. Estaba listo para llorar por este infortunio. "Si al menos mi ramillete estuviera cerca de ella", pensé; "si al menos no lo hubiera olvidado". Me tumbé en la hierba no muy lejos, puse mi brazo derecho bajo mi cabeza y cerré los ojos como si estuviera vencido por el sueño. Pero esperé, manteniendo mis ojos fijos en ella.

Pasaron diez minutos, me pareció que se ponía cada vez más pálida... afortunadamente, una bendita casualidad vino en mi ayuda.

Esta fue una gran abeja dorada, traída por una brisa amable, afortunadamente para mí. Primero zumbó sobre mi cabeza y luego voló hacia la señora M. Ella la espantó una o dos veces, pero la abeja se volvía más y más insistente. Al final, la señora M. agarró mi ramillete y lo ondeó ante mi rostro. En ese instante, la carta cayó de entre las flores y cayó directamente sobre el libro abierto. Me sobresalté. Durante un tiempo, la señora M., muda de asombro, miró primero la carta y luego las flores que sostenía en sus manos, y parecía incapaz de creer lo que veían sus ojos. De repente se sonrojó, se sobresaltó y me miró. Pero yo capté su movimiento y cerré los ojos con fuerza, fingiendo estar dormido. Nada me habría inducido a mirarla directamente a la cara en ese momento. Mi corazón latía y saltaba como un pájaro en el agarre de algún niño del pueblo. No recuerdo cuánto tiempo yací con los ojos cerrados, dos o tres minutos. Al final, me atreví a abrirlos. La señora M. leía ávidamente la carta, y por sus mejillas resplandecientes, sus ojos

brillantes y llorosos, su rostro luminoso, cada rasgo del cual temblaba de emoción gozosa, adiviné que había felicidad en la carta y toda su miseria se había dispersado como humo. Un sentimiento dulce y agonizante roía mi corazón, me resultaba difícil seguir fingiendo. . . .

¡Nunca olvidaré ese minuto!

De repente, a lo lejos, oímos voces—

"¡Señora M.! ¡Natalie! ¡Natalie!"

La señora M. no respondió, pero se levantó rápidamente del asiento, se acercó a mí y se inclinó sobre mí. Sentí que estaba mirando directamente a mi rostro. Mis pestañas temblaron, pero me controlé y no abrí los ojos. Intenté respirar más uniforme y tranquilamente, pero mi corazón me sofocaba con sus fuertes latidos. Su aliento ardiente quemaba mis mejillas; se inclinó hacia mi rostro como tratando de asegurarse. Al final, un beso y lágrimas cayeron sobre mi mano, la que yacía sobre mi pecho.

"¡Natalie! ¡Natalie! ¿dónde estás?" oímos de nuevo, esta vez bastante cerca.

"Voy", dijo la señora M., con su voz melodiosa y plateada, que estaba tan ahogada y temblorosa por las lágrimas y tan apagada que nadie excepto yo podía oír ese, "¡Voy!"

Pero en ese instante mi corazón finalmente me traicionó y pareció enviar toda mi sangre a mi rostro. En ese instante, un beso rápido y ardiente quemó mis labios. Emití un débil grito. Abrí los ojos, pero enseguida el mismo pañuelo de gasa cayó sobre ellos, como si ella quisiera protegerme del sol. Un instante después, ella se había ido. No oí nada más que el sonido de pasos que se alejaban rápidamente. Estaba solo. . . .

Me quité su pañuelo y lo besé, fuera de mí de éxtasis; por algunos momentos estuve casi frenético. . . . Apenas capaz de respirar, apoyándome en mi codo sobre la hierba, miré inconscientemente ante mí las laderas circundantes, rayadas con campos de maíz, al río

que fluía torciéndose y serpenteando lejos, hasta donde alcanzaba la vista, entre colinas frescas y pueblos que brillaban como puntos en la distancia iluminada por el sol—hacia los bosques azul oscuro, apenas visibles, que parecían como si humearan en el borde del cielo ardiente, y una dulce tranquilidad inspirada por la triunfante paz del paisaje gradualmente llevó calma a mi corazón turbado. Me sentí más tranquilo y respiré más libremente, pero toda mi alma estaba llena de un anhelo mudo y dulce, como si se hubiera levantado un velo de mis ojos como si fuera un anticipo de algo. Mi corazón asustado, temblorosamente vibrante de expectativa, se abría paso tímidamente y con alegría hacia alguna conjetura... y de repente mi pecho se elevó, comenzó a doler como si algo lo hubiera perforado, y lágrimas, dulces lágrimas, brotaron de mis ojos. Escondí mi rostro en mis manos, y temblando como una hoja de hierba, me entregué a la primera conciencia y revelación de mi corazón, el primer atisbo vago de mi naturaleza. Mi infancia había terminado desde ese momento.

Cuando dos horas después regresé a casa, no encontré a la señora M. Por alguna razón repentina, había regresado a Moscú con su esposo. Nunca la volví a ver.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [El pequeño héroe - Fiódor Dostoyevski](#)